

Filosofía del Viaje (1)

Jorge Santayana

¿Ha reflexionado alguien jamás acerca de la filosofía del viaje? Pudiera valer la pena. La traslación, privilegio de los animales, acaso sea la clave de la inteligencia. Las raíces de los vegetales (que dice Aristóteles son sus bocas) los sujetan ineluctablemente al suelo, y así quedan condenados, como sanguijuelas, a chupar cualquier sustento que fluya hasta el preciso lugar en que están inmóviles. Acaso haya muy cerca tierra mas rica, o rincón mas resguardado o abierto al sol, pero no pueden emigrar, y ni siquiera poseen ojos o imaginación con los que ver el placentero lugar vecino que la suerte les ha negado. En el mejor de los casos, su semilla es llevada por el viento a ese otro lugar mejor, o por un insecto ocupado en sus propios quehaceres. Las plantas únicamente emigran muriendo en un lugar y arraigando en otro. Mas para la planta como individuo se trata o de vivir en donde se halla o no vivir en absoluto. Ni siquiera sus miembros pueden apenas moverse, si el viento no los menea. Giran lentamente hacia la luz, alargándose y retorciéndose sin cambiar de lugar. Pudiera suponerse que sus almas dormidas son sólo sensibles a los cambios orgánicos, al penetrante influjo del calor y de la humedad, al ciego esfuerzo de brotar y surgir aquí, o a la delicia de florecer y solearse y cabecear allá a la luz. Subsisten en el tiempo y se dilatan vagamente en el espacio, sin advertir o apreciar los influjos a que están sometidos; sin oportunidad de percibir nada ajeno a su propio cuerpo identifican el universo con sus propios seres, pues son muy inocentes egoístas. Si alguna vez una fuerza a ellas extraña las obliga a cambiar de postura, que bien pudiera serles ventajosa, tornan a erguirse perpendicularmente así que la fuerza afloja; o si ésta fue brutal, acaso quedan doblegadas para siempre, como acobardadas y humilladas por un tirano que las forzó a quedar oblicuas de por vida. A menudo, todos los árboles de una ringlera se inclinan ante los vientos reinantes, cual fila de soldados petrificados mientras marchaban, o cual serie de estatuas que señalaran unánimemente hacia el vacío. Acaso esta torcedura pueda serles ventajosa y capacitarlas para resistir con aumentada comodidad la tormenta, con olvido de la perfección. A no ser porque sus pimpollos conservan la tendencia a crecer verticales, casi creería yo que la distorsión se tomó en ideal para ellas y ya no fuera vicio, sino carácter. Ciertamente, cuando en los seres humanos los vicios se hacen constitucionales, truécense en virtudes mundanas, sancionadas por el orgullo y la tradición y descritas como algo pintoresco, recio y viril. Pero una más amplia perspectiva, que aprecia su origen, los hace aparecer feos y tristes. El pecado es pecado aunque sea original, y la desgracia desgracia es en tanto que el alma prístina bulla dentro de la corteza de la costumbre, torturada por la moralidad que se supone ha de salvarla.

Pasar de lo vegetal a lo animal es completísima revolución. Todo queda literalmente vuelto del revés. Las ramas superiores se inclinan y tocan el suelo, convertidas en dedos de manos y pies; las raíces son arrancadas y apretujadas para formar un hocico, con lengua y orificios nasales, que se alargan en busca de sustento, de manera que además del arriba y abajo y del hacia dentro y hacia fuera que conoce la planta, el animal establece un delante y atrás, distinción sólo posible para lo que viaja. Pues ahora la criatura se halla en movimiento perpetuo, arrastrada por su olfato, que es a su vez guiado y atraído por toda clase de aromas y presentimientos llegados de lo lejos. En tanto, los órganos de la fertilidad, que eran flores cabeceantes abiertas al sol en toda su deliciosa inocencia, quedan ahora recónditos en los cuartos traseros, vistos y considerados lo menos posible. Esta caída en desgracia los abruma y los sume en un descontento malhumorado y los incita a confabulaciones insidiosas y a rebeldías terribles. Mas su inquietud supone un incentivo más para viajar, acaso el más poderoso y persistente de todos: da gran belleza a los desconocidos y encanto inefable a lugares y tiempos remotos. Las plantas no tienen estas posibilidades. No pueden trabar relaciones con un

desconocido, ni les es dado enamorarse; y no me siento seguro de que sean verdaderamente más venturosas a pesar de su aparente placidez. Hay algo de aburrimiento en la belleza de las flores y algo triste en su lascivia. No anhelan, no persiguen, sino que aguardan interminablemente no saben el qué, exhibiéndose obedientes como un niño adornado para una fiesta, vagamente orgullosas, vagamente incómodas, vagamente desilusionadas. Los vientos son cortejadores impacientes, y una lluvia de polvo dorado es un abrazo desmedrado. Se van agostando y creen ser vírgenes aún; dejan caer sus pétalos afligidas, y se encogen monjilmente para convertirse en tallos marchitos. La dulzura de su vejez tiene un sabor acre; creen no haber experimentado lo que pretenden despreciar. Pero yerran, pues han realizado su función plenamente: son abuelas sin saberlo. Casaron en fecha ya lejana, sin casi darse cuenta de haber estado presentes en su boda. Tuvieron hijos de acuerdo con su naturaleza, sin dolor y en lugares distintos de aquel en que viven; han desfilado sin saberlo, velado el rostro y honradas como madres, en la procesión del tiempo.

En los animales, el poder de locomoción torna toda esta experiencia desvaída en una vida de pasión; y aunque nosotros, filósofos anémicos, tendamos a olvidarlo, la inteligencia es un injerto de la pasión. La inteligencia es una aventura inconcebiblemente audaz y de éxito maravilloso. Es un ensayo, un ensayo feliz, de encontrarse en dos lugares simultáneamente. Ser sensible a las cosas lejanas, aunque acontezca, de nada sirve y nada significa en tanto que no haya órganos para soslayar o dar caza a tales cosas antes de que el organismo las absorba, y por tanto es la posibilidad de viajar lo que da significado a las imágenes de los ojos y la mente que, de otra forma, serían meras sensaciones y un estado mortecino del propio ser. Al tentar al animal a que se mueva, estas imágenes se convierten en vaticinios de algo ulterior, en algo que capturar y de que gozar. Afilan su atención y lo llevan a imaginar otros aspectos que la misma cosa quizá se atreva a tomar. Por ello, en lugar de decir que el hecho de poseer manos ha dado al hombre su superioridad, sería más agudo decir que el hombre y los demás animales deben su inteligencia a sus pies. No es de extrañar, pues, que una filosofía peripatética sea la mejor. Al pensar sentados, o arrodillados, con los ojos cerrados o fijos en el vacío, la mente se sume en el ensueño; la imagen de cosas remotas y variadas se funde en la neblina de la memoria, en donde hechos y fantasías se revuelven juntos y casi imposibles de distinguir, y regresamos a un estado vegetativo, voluminoso e inerte. Mas, por el contrario, el pensar caminando nos hace avisados, y los pensamientos, aunque sigan un único sendero del laberinto, consideran cosas reales en su orden real. Nos sentimos ávidos de hallazgos, apercebidos para las novedades, dispuestos a reír ante cualquier pequeña sorpresa, incluso cuando es desgraciada. Elegimos cuidadosamente el camino debido, y si tomamos uno errado, anhelamos remediar y podemos remediar el yerro. En tanto, los humores de la digestión se disipan en el frescor del aire, la cabeza se despeja y yergue para poder contemplar la escena, la atención recibe el estímulo de objetos nuevos que aparecen sin cesar, mil hipótesis se lanzan sobre ellos en amistosa pugna que el acontecimiento pronto resuelve sin ambigüedad; y la escena toda cambia al cambiar de lugar el viajero revelándose su existencia aparte y sus posibilidades siempre restringidas, así como la diferencia (que es la sabiduría expresada a lo breve) entre lo que las cosas parecen ser y lo que son.

Un naturalista que fuese poeta a la vez podría describir los viajes de verano y de invierno de todos los animales (gusanos, reptiles, peces, aves, insectos y cuadrúpedos) explicándonos las diferentes cosas que buscan ver y oler y lo muy diferentes que probablemente las ven y perciben con el olfato. Un simple moralista se encuentra más estorbado en su comprensión y únicamente puede imaginar la experiencia humana. Y, no obstante, así que el bípedo aprende a sustentarse con seguridad sobre las patas traseras, la mente humana, más ágil, aunque menos serena que una máquina fotográfica sobre su trípode, puede ser llevada con graciosa ligereza a cualquier picacho o *Aussichtsburm*, y si el panorama no es amable puede descender presurosa y tal vez cambiar su ambiente adventicio por otro mejor. No sólo los ojos son consultados para considerar el paisaje o elegir algún bello lugar o la cima de un soto para acabar allí la jornada. Bien saben los ojos que sólo son exploradores, suplentes más dignos de la nariz, y la mayor parte de los placeres que descubren son imagen de algo distinto, y nada sino promesas de otros goces, como el efluvio de la pieza

venatoria. La persecución de lo pintoresco es el motivo último y el más baladí de viajar. Por lo general, las tribus humanas se mueven acuciadas por causas más urgentes y con algo de aflicción. La forma más radical de viajar, y también la más trágica, es la migración. Cuando el alma contempla el lugar en que nació, acaso se encoja disgustada; puede hallarlo estéril, amenazador o feo. La misma repulsión de lo contemplado puede hacerle concebir un negativo, un contraste, un ideal: soñará con El Dorado y la edad de oro, y antes que soportar los males que la afligen huirá a cualquier lugar desconocido. Tal esperanza no es necesariamente engañosa. En el viajar, como en el hacer, el interés puede anular la incomodidad de encontrarse en un ambiente extraño; la soledad y la libertad del mundo abierto pueden resultar más estimulantes que heladoras. No obstante, la migración, así como el nacer, es un acto heroico: el alma cede formalmente su seguridad a cambio de un cheque en blanco. Un animal social como el hombre no puede cambiar su medio ambiente sin mudar de amigos, ni puede cambiar de amigos sin alterar sus modales y sus ideas. Muestra de todo esto, así que se traslada a un país extranjero, es el idioma extraño que allí escucha y que probablemente nunca podrá hablar con desenvoltura o verdadera corrección. El exiliado, para ser feliz, tiene que nacer de nuevo, debe cambiar su clima moral y el paisaje interior de su mente. En el caso de la mayor migración de nuestro tiempo, la de los europeos a América, sé, porque lo he visto, lo fácilmente que esto puede lograrse, al menos en la segunda generación, pero una de las circunstancias que hace sencilla la transformación es ésta: no es menester la conversión directa de mente o corazón, y ni siquiera del lenguaje, sino tan sólo una mudanza de las viejas costumbres por otras nuevas, cambio que no se advierte porque las nuevas costumbres son más económicas y pronto parecen más fáciles. La adaptación, como todas las adaptaciones creadoras de la naturaleza, viene impuesta por influjos externos, por ordenaciones materiales compulsivas, por la concentración diaria sobre las formas prevalentes de ahorro y dirección. Y sin embargo parece brotar de dentro. Las costumbres antiguas pueden así abandonarse completamente y sin pesar. Los colonizadores, que se trasladan en masa a tierras que encuentran vacías, o de las que expulsan a sus habitantes, tienen esa ventaja sobre los inmigrantes aislados, que han de hacer grandes esfuerzos para penetrar dentro de una sociedad extraña; su transformación puede ser completa y de todo corazón porque obedece a impulsos genuinos que actúan libremente en un nuevo ambiente físico y no supone mezcla de tradiciones incompatibles. América es una inmensa colonia, y así la consideran los que emigran incluso a lugares prósperos de ella, como los Estados Unidos o la Argentina, que tienen constituciones y formas de vida establecidas hace largo tiempo. Los recién llegados se establecen, se adaptan fácil y agradablemente al ambiente físico y crean un ambiente moral propio sobre esos sólidos cimientos, haciendo caso omiso de la religión y la cultura de los americanos más viejos que ellos o condenándolas de manera positiva. Tal vez los americanos más viejos se ajustan espiritualmente a los nuevos más fácilmente que los nuevos a los viejos. No quiero decir que ningún ingrediente alemán, italiano, judío o irlandés haya quedado incorporado de manera positiva a las tradiciones americanas. Al contrario, los inmigrantes más recientes pronto (mucho antes que los colonizadores británicos) se deshacen de todos sus recuerdos y comienzan de nuevo, como Adán en el Paraíso, y precisamente por eso descuellan como americanos desnudos, como hombres adaptados notoria y únicamente a las condiciones materiales del mundo actual. En este sentido, su americanismo es más ruidoso y audaz que el de los viejos yanquis y los viejos meridionales, que quizá encuentran el mundo de hoy algo ensordecedor y ayuno de principios.

Comparado con el emigrante, el explorador es superior viajero. Sus aventuras son menos importantes, pero más brillantes y prolongadas. La idea de la emigración está a menudo latente en su pensamiento también. Si siente tanta curiosidad por descubrir y describir nuevas tierras es en parte porque no le importaría adueñarse de ellas. Pero el posible conquistador que lleva dentro queda dominado a menudo y convertido en aventurero desinteresado y en observador científico. Puede hacerse vagabundo. El verdadero explorador o naturalista se pone en camino buscando el bien de su país. Su corazón jamás queda desarraigado. Va explorando como un soldado, apercebido para defenderse, buscando botín o espacio vital. Busque como premio riquezas o sabiduría, lo que logre está destinado a incrementar sus posesiones en su tierra, a perfeccionar algo ya amado: es el

emisario de la ciencia o de la política de los suyos. El vagabundo, por el contrario, camina al azar, en inocente holganza, o empujado por algún apremio morboso. Sus descubrimientos, si hace alguno, serán hallazgos fortuitos logrados o por pura inquietud o pescando en ríos revueltos. El vagabundo impenitente es un hombre que se engaña a sí mismo, que trata, como el capitán del Buque Fantasma, de escapar de sí mismo. Su instinto es arrebujarse en algún rincón amparador sin ser visto y comenzar nuevamente a vagar a la mañana siguiente, sin propósito y sin beneficio. Es un proscrito voluntario, un gandul trashumante. La mala adaptación que le aqueja y que le hace escapar de la sociedad acaso no es culpa suya. Puede deberse al agobio de la atmósfera reinante en su tierra natal, a su frialdad, al tormento insufrible de desacordes repetidos incesantemente sin que nunca sea acertada la nota exacta. O puede ser expresión de una idiosincrasia de ningún modo deplorable, o un instinto atávico no domeñado, o debido simplemente a la necesidad de estirar las piernas, o a una comenazón juvenil de hacer algo difícil y nuevo. El alpinista, el explorador polar, el cazador apasionado, el aficionado sin medida a las regatas, eligen sus deportes probablemente por muchos motivos: el amor de la naturaleza, el ocio que hace buscar el ejercicio físico o algo en que ocuparse, la costumbre, la vanidad, la rivalidad que le ha empujado a ello. Pero la razón principal si se trata de un verdadero viajero que viaja por el puro gusto de viajar, es que el mundo está demasiado con nosotros, y nosotros demasiado con nosotros mismos. A veces necesitamos escapar a la soledad amplia, a la mudanza sin meta preconcebida, a las vacaciones morales de entregarnos al puro azar para aguzarle el filo a la vida, para conocer el sabor de las penalidades, para sentirnos obligados a trabajar desesperadamente durante unos momentos en lo que sea.

En zaga del explorador puede venir otro tipo de viajero, el más legítimo, constante y normal de todos: el mercader. Hoy día, el mercader acaso permanece sentado toda la vida ante un escritorio en su ciudad natal sin jamás unirse a una caravana o correr el riesgo de morir ahogado. Tal vez ni siquiera baje a su almacén o al muelle a que atracó su barco para examinar o vender sus mercancías. Esto es de lamentar, pues roba al comercio la mitad de lo que tiene de humano y toda su poesía. Si un mercader puede ser sedentario, debería serlo al menos en una de esas viejas mansiones de Amsterdam, a cuya puerta llegaba el buque a través de los canales para acercarse a su armador; luego los fardos de mercadería eran izados hasta los muy capaces sotabancos mediante una cabria que, semejante a una extraña gárgola, avanzaba desde el tejado. Allí podía disfrutarse de las comodidades y alegrías de la vida de familia bajo el mismo tejado que cobijaba las mercancías y bajo el que eran recibidos los compradores. Mas si hoy el mercader no desea viajar, otros han de viajar por él. Ya sé que el viajante de comercio es un hombre grosero que come y bebe demasiado y gusta de los chascarrillos escabrosos. Igual que su patrón, le han sido robados su dignidad natural y su arte por la división del trabajo, el telégrafo y la uniformidad de las mentes y de los países modernos. No obstante, le tengo cierta simpatía, y en esas fondas provincianas de las que es alma y señor, le he hallado lleno de agradables conocimientos, como le corresponde por ser viajero. Mas el comercio también tiene hombres marineros, ingenieros, investigadores y cazadores, todos ellos viajeros y conocedores incansables de tierras. Mis padres pertenecieron a la clase de funcionarios coloniales, y la China y Manila, aunque yo jamás estuve allí, eran nombres e imágenes bien conocidos para mí cuando era niño. Tampoco puedo deshacerme jamás de la sensación de las grandes distancias de este globo acuoso, de países extraños y amables, de climas opuestos y de maneras de vivir y pensar que son todas igualmente humanas y legítimas. Durante mis propios viajes siempre me atraieron más los monumentos románticos y la profundidad del interés histórico que los portentos geográficos, y, sin embargo, ¿qué encanto iguala el de los puertos y los buques y el de pensar en esas incesantes idas y venidas gracias a las cuales son satisfechas nuestras necesidades diarias? Los objetos más prosaicos, las gentes y los incidentes más corrientes, vistos como un panorama de movimientos coordinados, de viajes perpetuos de día y de noche, a través de cien tempestades, de miles de puentes y de túneles, adquieren una grandeza épica, y el mecanismo se mueve con tanta agilidad que parece vivir. Es tan subyugador para mí como las proas que parten el agua, las ruedas que giran, los planetas que se remontan en el cielo y luego descienden, cosas todas ellas que no tienen

vida en sí, pero que son amigas de la vida y nos prometen seguridad en movimiento, fuerza en el arte y novedad en lo necesario.

El último tipo de viajero, y el más notorio, es el turista. Lo he sido a menudo, y por ello no le arrojaré piedras. Desde el excursionista en vacaciones hasta el peregrino sediento de hechos o bellezas, todos los turistas son bien amados de Hermes, el dios de los viajes, que es también patrón de la curiosidad amable y de la mente abierta. Es sabio trasladarse lo más frecuentemente posible desde lo acostumbrado a lo extraño: conserva ágil la mente, destruye los prejuicios y fomenta la jocosidad. No creo que la frivolidad, la disipación de la mente y el disgusto por el propio lugar de nacimiento, o la imitación de los modales y las artes extranjeras sean enfermedades graves: matan, pero no matan a nadie que merezca la salvación. Quizá haya algunas veces en ellos como un suspiro de añoranza de lo imposible, un como homenaje a un ideal que está uno condenado a no alcanzar; pero por lo general no nacen de una excesiva familiaridad con cosas extranjeras, sino de escasez de ella; lo último que desea un hombre que verdaderamente aprecia el sabor de algo y comprende su raigambre es generalizarlo o transplantarlo; y cuantas más costumbres y artes haya asimilado el viajero, más profundidad y deleite hallará en las costumbres y las artes de su propia tierra. Ulises recordaba Itaca. Hubiera admitido de buen talante y con mente clara que ni la grandeza de Troya, ni el encanto de Focea, ni la delicia de Calipso, tenían rival; mas eso no podría hacer menos deleitoso para sus oídos el ruido de las olas rompiendo sobre las costas de su tierra natal. Sólo pudiera aumentar la sabiduría y la premura de su preferencia de lo que era naturalmente suyo. El corazón humano es local y finito y tiene raíces: y si la inteligencia irradia de él, según su vigor, a distancias mayores y mayores, lo aprendido, de ser conservado, ha de ir a parar a ese centro. Un hombre conocedor del mundo no puede desearlo; y si no estuviera satisfecho de lo que de él le ha correspondido (que, después de todo, incluye ese conocimiento salvador), poco respeto mostraría por todas esas perfecciones extranjeras que dice admirar. Todas son locales, todas finitas, y ninguna puede ser sino lo que le acontece ser; y si tal limitación y semejante arbitrariedad fueren allí bellas, el viajero no tendrá sino que buscar en lo hondo el principio de su propia vida, y eliminar toda confusión y toda indecisión para conseguir que logre asimismo una expresión perfecta a su manera: y entonces los viajeros sabios también vendrán a su ciudad y ensalzarán su nombre .

(1) Jorge Santayana dejó este ensayo junto con otras cosas en un sobre en el que escribió: «Listo para publicar después de mi muerte.» Su albacea literario, Daniel Cory, se inclina a creer que Santayana escribió el ensayo alrededor de 1912, y basa su opinión en la letra del original y en la clase de papel en que está escrito. Pero Santayana debió de corregirlo posteriormente, pues añadió ciertos párrafos empleando tinta distinta y su letra aparece más temblorosa en lo añadido.

(© 1964 by *The Virginia Quarterly Review*. The University of Virginia.). Este artículo apareció publicado en España en *Revista de Occidente* año II 2ª ep. 21, Diciembre 1964 [↑](#)